

ción estigmatizadas en las Sagradas Escrituras. Es el río mismo el que habla en las páginas de Vicuña. Pasa cerca de Paneas, donde los prisioneros de Tito fueron echados al circo de fieras. Por allí cerca fué donde Jesucristo dijo a Pedro: "sobre esta piedra edifica mi Iglesia".

Poco más allá ya no es río, es un pantano, el Merom, en cuyas riberas acampó a los 75 años de edad Abraham, el padre del pueblo hebreo, que venía de Caldea camino de Canaan, la Tierra Prometida. Ese fué el escenario de las tribulaciones con Sara, que finalmente le dió un hijo, Isaac, y con la esclava Agar que le dió otro, Ismael. Vuelve a ser río el Jordán pero no por mucho; a pocas millas otra vez confunde sus aguas con el Lago Tiberíades o Genezareth. Por allí está "el Puente de las Islas de Jacob" y en las orillas se hallan Cafarnaum, Magdala, Betsaida.

Son las aguas y tierras de los milagros, donde Jesús calmó la tempestad, produjo la pesca milagrosa y pronunció el Sermón de la Montaña. De allí bajaron las palabras que regaron al mundo por veinte siglos; de amor hasta por el enemigo; de perdón hasta poner la otra mejilla; de admonición a los hombres de poca fe; de esperanza, "pedid y recibiréis, golpead y se os abrirá"; de precaución para los que "se acercan vestidos de ovejas cuando en realidad son lobos". Por esas comarcas la pecadora de Magdala escuchó lo increíble, "vete, tus pecados te serán perdonados", y se salvó la mujer adúltera porque no hubo quien, libre de pecado, arrojara la primera piedra.

Recupera el Jordán su identidad fluvial saliendo del lago por el Valle de Gohr, teatro de las hazañas de los Macabeos, Saúl y Gedeón; marcha sigzagueando y rezongando; no quiere morir tan pronto; se arrastra en contorsiones, recorre 300 kilómetros para avanzar ciento. Se da tiempo para recibir de los Montes Galaad otro afluente, el Jabor y de las



Montañas de Samaria el Farah. Por allí cruzaron el Jordán los israelitas antes de entrar a la Tierra Santa, mientras Moisés desaparecía hacia la eternidad en el Monte Nebo, a los 120 años de edad.

Vamos llegando a la "vega del Jordán", destinada por Dios a Lot, que se salva con los suyos y su estatua de sal cuando "cayó azufre y fuego" sobre Sodoma, Gomorra, Adania, Seboim y Bala. Así la campiña fértil de transformó en Mar de Sal, o Mar de Sodoma, o Mar del Desierto, mejor conocido como el Mar Muerto o Asphaltites. Allí Alejandro Vicuña deja a su río en "el negro sepulcro". Termina la biografía pero sigue en los cablegramas del día. Parece que El Jordán no se callara jamás; le oiremos narrar hasta la eternidad la odisea de guerras y religiones, de héroes y apóstoles.

Carlos DAVILA.

Nueva York. Octubre de 1948.

Venezuela; Martha Abreu y Juana Alarco de Dammert escriben sus nombres con áureas letras en los anales de la bondad humana; Rosario de la Peña hace irradiar en su salón al parnaso mexicano de su época; y después, todas las que han sido orgullo de las letras: desde Mercedes Cabello de Carbonera y Cleotilde Matto de Turner, Juana Manuela Gorriti e Isabel Prieto de Landáurri, hasta Delmira y Alfonsina, Juana y Gabriela.

Pero entre todas ellas, sin ser escritora, sin más arma que los recuerdos vigilantes, Adriana de González Prada ha escrito sus memorias para contarnos cómo fué su vida al lado del hombre que llevaba junto a los carbones ardientes la ternura del más puro romanticismo, porque era lava y aroma, látigo y arpa. *Mi Manuel*, recientemente editado en Lima, es un ejemplo alzado a la memoria del amor por una novia eterna.

## Hadas y medusas

Prólogo de Rafael Heliodoro VALLE  
a *Mujeres de América*, de Emilia Romero.

(En *El Norte* de Monterrey.  
Octubre 15 de 1948).

En la bruma de la América antigua aparecen los rostros de algunas divinidades: Diosnantzín, la madre de los dioses; Coatlicue, con su falda de serpientes; Centeótl, la diosa del maíz; o los de la reina Xóchtli, la que hizo la revelación del pulque, el licor blanco de los sueños negros; y la imaginaria reina Calafia, que estaba sobre el solio de una isla de plata, junto al mar.

A la llegada de los hombres blancos y barbados, la aparición de Malinche (doña Marina) es la de una sibila indígena que tiene la rueda de los destinos: predice y aconseja, conduce y espía; es para Cortés un poderoso ejército aliado. Después de ella surgen María de Escobar, la que sembró el primer trigo en el Perú y las que practicaron los primeros oficios; y hacia 1541 muere la que fué primera gobernadora, la viuda de Pedro de Alvarado, conquistador de Guatemala, doña Beatriz la Sin Ventura, que sólo tuvo par en la Condesa de Lemos, doña Ana de Castro, única gobernadora peruana.

En la atmósfera de la vida colonial sobresalen la figura misteriosa de Amarilis, que se carteaba en verso con Lope de Vega, y la de Sor Juana Inés de la Cruz, criatura que pasó con un halo de oro por el mundo de la poesía,

ruiseñor celeste con garganta de nube. Y luego Rosa de Santa María, Rosa de Lima, vestida de blanco extraterreno, como en la Leyenda Dorada.

Se habla de los derechos del hombre en los inicios del siglo XIX; y al calor de la tertulia con chocolate y chismes antinapoleónicos, resplandecen mujeres de épica hermosura, Josefa Ortiz de Domínguez y Leona Vicario en México; o suben al patíbulo, como Policarpa Salavarrieta, en Colombia.

Y a medida que la América Española modifica su personalidad, van pasando otras heroínas, algunas hadas, varias medusas: Manuelita Sáenz, el ángel de la guarda de Bolívar; la Mariscal Gamarra, a caballo y enamorada del oro del Perú, tal como la pinta Flora Tristán; Josefa Lastiri de Morazán, que acompañó al héroe centroamericano en sus días más sombríos; María García Granados, la Niña de Guatemala, que es un meteoro en el alma de cielo de José Martí; y la otra Manuelita, la de Rosas.

Matilde Montoya es la primera que en México recibe el título de doctora en Medicina y Trinidad Enríquez, la primera doctora en letras en el Perú; Teresa Carreño pasea triunfalmente por el mundo musical el nombre de

## Locura colectiva

(En el Rep. Amer.)

Allá en la lejanía de la vida surge la escena espeluznante y cómica al mismo tiempo.

Cabezas rotas y sangrantes, gritos, insultos, uno que otro disparo, cintarazos, en fin... locura colectiva sin razón ni finalidad.

Celebraba San José sus tradicionales y poco edificantes "fiestas cívicas" en las cuales abundaba el licor y el abuso, la indecencia y la inmoralidad.

Las corridas de toros, así llamadas, se hacían en la Plaza de la Fábrica, hoy plaza Española.

Esa tarde la multitud era extraordinaria y salvo algún pleito entre borrachos, nada anormal acontecía; pero de pronto, como en un caso típico de locura colectiva, la enorme riña principió en una esquina de la plaza y fué aumentando, aumentando.

En cierto momento toda la plaza parecía un mar embravecido: todos gritaban, todos golpeaban.

Golpeaban sin saber a quién: golpeaban por golpear, con saña, con locura.

Pero allí no se detuvo la cosa: de pronto principiaron a salir por el espacio las sillas, las bancas, palos, etc., de los tablados que caían sobre las cabezas de las gentes y las golpeaban, las herían, las hacían caer.

Las personas que lanzaban los asientos no sabían a quién iban a herir, o quizás a matar. La locura era general.

De pronto alguien llamó a la policía que